

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Rubén H. Zorrilla

"Me parece encontrarme ante una grave crisis. No sólo de los asuntos de Francia, sino de toda Europa y acaso más que Europa."

Edmund Burke, *Reflexiones sobre la Revolución francesa*, noviembre de 1790.

1. El marco de la modernidad

Es el vasto horizonte de un proceso social único -por la dinámica de su contenido, por éste mismo y la diversidad de sus consecuencias- que cubre especialmente los países de Europa occidental, pero que toca también a sus prolongaciones inmediatas en América y el oriente europeo, donde debe ubicarse el fenómeno turbador y turbulento que se define como Revolución francesa.

Ese proceso, que ha conducido a experiencias sociales y personales por completo inéditas en la especie humana -si las comparamos con el resto de las culturas del pasado, cualesquiera que sean-, es el de la modernización. Sólo Grecia y Roma anticipan, morigerados por las peculiaridades de su ámbito histórico, rasgos y problemas que la evolución desatada en Occidente desde la cantera proteica del medioevo revelarán como trascendentales para el *homo sapiens*. Pero por algo ambas culturas, fundidas en la vertiente judeo-cristiana, se sitúan en las raíces de la cultura occidental.

La modernización debe analizarse, en sus aspectos más generales, según algunas dimensiones fundamentales.

En primer lugar, *un profundo impulso secularizador*, que constituye su médula revolucionaria (en cuanto determina una nueva visión del mundo y de la vida) y que implica indiferencia hacia la religión en muchos aspectos de las relaciones sociales, aunque no necesariamente irreligión o antirreligiosidad. En la Revolución francesa, sin embargo, alcanzó este carácter, lo que no ocurrió, en cambio, con la Revolución norteamericana -su inspiradora- ni en gran parte de sus imitadoras, como la Revolución de Mayo.

En segundo lugar, una *creciente complejización* de las relaciones y las estructuras sociales, visible sobre todo en el plano político y económico, pero no menos espectacular en la cultura y particularmente en la cultura superior. Basta pensar en el desarrollo de la ciencia, tanto en las teorías como en la elaboración del método científico y la decantación, por primera vez, de una comunidad científica internacional. Estas manifestaciones tienen uno de sus indicadores más evidentes en la conversión del libro en artículo comercial de alcance masivo: de

ser una rara joya en manos del noble analfabeto, o del sacerdote -rutinario o innovador-, pasa a ser leído por los plebeyos inquietos en los mesones, las tabernas, o discutido en las escuelas, universidades, hogares de burgueses y palacios de mecenas.

Finalmente, *la disolución*, cada vez más acelerada, *de la sociedad aristocrática* (lo que no supone la desaparición de la aristocracia o los aristócratas), aquella fundada en la primacía institucional de guerreros y sacerdotes, cuyo perfil patente era la cristalización de la desigualdad social en estamentos y castas, donde se imponen culturalmente las prescripciones de nacimiento y condición social para fijar rangos y privilegios en la extensa jerarquía de diferencias que se generan inevitablemente en toda sociedad.

El agente inmediato de esta disolución es el avance, en todos los intersticios del mundo medieval, de la economía de mercado, que violenta y fractura criterios valorativos, sistemas de normas y estructuras sociales, sustituyendo los principios prescriptivos de la acción social -que determinaban la estabilidad (siempre relativa) de estamentos y castas- por los de adquisición o desempeño, fundados en la competencia (un método impersonal de descubrimiento y cooperación). La ampliación del mercado, entre la madeja de prejuicios y prohibiciones típicas de la sociedad feudal, impuso nuevos principios para la orientación de los sujetos del comportamiento social: desplazó o reemplazó la escala de rangos en la sociedad y abrió canales de movilidad marginados o desconocidos hasta entonces, al punto de que las diferencias originadas espontáneamente por el trabajo en el mercado hicieron que núcleos cada vez más extensos de plebeyos (unidos muchas veces a nobles, príncipes, o al mismo rey) alcanzaran una gravitación social mayor que aquellos depositarios de la fuerza, los privilegios derivados del Estado, o las desigualdades prescriptas según la cultura y el nacimiento.

Por primera vez, desde las primeras sociedades complejas de la más remota antigüedad, lograba conformarse un revulsivo social que removía y disolvía irreversiblemente las estructuras estratificacionales de tipo estamental o de castas eliminando siervos y esclavos, y abría las escalas de desigualdad -en terminología de Max Weber- a las "probabilidades del mercado".

Tocqueville advierte esta disolución, que es general en Europa, si bien con notables asincronías: "[...] todos los hombres de nuestros días se ven arrastrados por una fuerza desconocida, que es posible aminorar, pero nunca vencer, la cual los impulsa a la destrucción de la aristocracia, unas lentamente, otras con precipitación [...]".¹ Pero su percepción, aunque adecuada y legítima, se sitúa en el plano inmediatamente visible de las reformas políticas y culturales. No toca la caja negra de la "fuerza desconocida": la economía dineraria, que está fundando el capitalismo y que es ella misma resultante de una gran síntesis cultural. .

2. La intelectualidad secular

¹ Alexis de. Tocqueville, *El antiguo régimen y la Revolución*, Ed. Guadarrama. Madrid. 1969, p. 20

El conjunto de estos elementos se traducían en nuevos sentimientos, nuevas formas de ver el mundo y, lo que es decisivo, nuevas y vagas aspiraciones: "Durante los diez o quince años que precedieron a la Revolución francesa, el espíritu humano se entregaba en toda Europa a movimientos tan irregulares, incoherentes y extraños como no se había visto desde hacía siglos [...]. La idea de grandeza del hombre en general, de la extensión ilimitada de sus luces, había calado en los espíritus y los embargaba; y a esta soberbia noción de la humanidad en general se mezclaba un desprecio contra natura por la época en que se vivía y por la sociedad de que se formaba parte".²

El rechazo a la propia sociedad -originado en una brutal apertura a nuevas aspiraciones y expectativas- se acompañaba con la esperanza de cambios indefinidos, pero en todo caso radicales. Si bien de profundidad variable según individuos y grupos, ese espíritu invade todos los estratos sociales. Y son la nobleza elevada o la burguesía opulenta las que alegremente reciben y promocionan las nuevas ideas, así como las emociones que ellas despiertan.

Es que se ha producido en Europa una inmensa revolución intelectual, cuyo epicentro hay que situar en el Renacimiento y la Reforma y que se continúa en la floración de científicos notables (Galileo, Harvey, Gilbert, Kepler, Newton) en el ámbito de las ciencias naturales, pero de evidente influencia en las genéricamente llamadas "ciencias del hombre". Y esto en dos sentidos: porque ofrecía un modelo teórico y metodológico consecuentemente secular para interpretar los problemas humanos y específicamente los de la sociedad y la historia, y porque ampliaba y fortalecía la intelectualidad secular, aglutinada en el logro reciente y capital de la comunidad científica.

Voltaire, Condillac, Helvetius, d'Holbach, Montesquieu, Rousseau, son algunos de los nombres franceses notables que en las proximidades de la revolución aportaron ideas y -lo que es decisivo- cultivaron sentimientos y emociones que la hicieron posible. Ellos formaron parte del curioso ejército sin armas, heterogéneo y multinacional, que en la segunda mitad del siglo XVIII arrebató el cetro de la conducción espiritual de Occidente a la intelectualidad eclesiástica, aquella que lo había recogido a la caída del Imperio Romano. La Enciclopedia, concebida y dirigida por Diderot y terminada en 1765, es el monumento imponente que la intelectualidad secular ofrece para demostrar la magnitud de los logros que puede alcanzar una nueva perspectiva, opuesta taxativamente al pensamiento escolástico.

En Francia, esta perspectiva toma un sesgo anticristiano y especialmente anticlerical. El barón Grimm, en, enero de 1768, después de la expulsión de los jesuitas, describe admirablemente el alcance de esta secularización, que penetra en el mismo clero: "Esta fatiga general del cristianismo, que se manifiesta en todas partes y particularmente en los Estados católicos, esta inquietud que trabaja sordamente los espíritus y los lleva a atacar los abusos religiosos y políticos, es un fenómeno característico de nuestro siglo, así como lo fue el espíritu de la Reforma en el siglo XVI y presagia una revolución inminente e inevitable. Se puede decir que Francia es el foco de esta revolución, qué habrá de tener sobre

² Alexis de Tocqueville, *Inéditos sobre la Revolución*. Ed. Dossat, Madrid, 1980, p.37.

las precedentes por lo menos la ventaja de producirse sin derramamiento de sangre".³

Las consecuencias sociales del nuevo estado de espíritu se expresan, no en la sesión de la Asamblea la noche del 4 de agosto de 1789, cuando el clero acompaña a la nobleza en la renuncia voluntaria a sus privilegios, sino en la puesta a "disposición de la nación" de los bienes del clero después de las sangrientas jornadas del 5 y 6 de octubre del mismo año, y cuando la Constitución de 1791 establece la libertad de cultos y particularmente la constitución civil del clero, que entrega los cargos eclesiásticos al sufragio popular, cualquiera fuera el culto del elector. Para profundizar estos efectos, en septiembre de 1792 se intentó el culto de la "diosa Razón" -celebrado en la Catedral de París-, reemplazado luego por Robespierre por el vago y genérico culto al Ser Supremo. Adelantándose a la omnipotencia totalitaria, estableció por decreto que el pueblo francés reconocía la existencia, no sólo de ese Ser, sino también de la inmortalidad del alma.⁴

Si esta animosidad antieclesiástica y aun anticristiana había sido difundida fervorosa y minuciosamente por la intelectualidad secular de raigambre humanista (integrada en su mayoría por aristócratas), en los suntuosos salones de una nobleza desprejuiciada y además resentida contra la monarquía, los fundamentos de su exitosa propagación hay que rastrearlos en comportamientos poco felices del alto clero y en relaciones estructurales de la Iglesia francesa dentro del sistema institucional de la sociedad en su conjunto. Tocqueville nos recuerda con crudeza que "Francia tenía una religión estatal",⁵ y que "la Iglesia formaba parte del gobierno",⁶ al punto de que "había llegado a ser una institución más política que religiosa".⁷

En la percepción de la gente, la Iglesia estaba fundida con el gobierno y comprometida con la monarquía; formaba parte del despotismo y sus arbitrariedades. Pero es ilustrativo recordar una situación que se repetiría a lo largo de muchos y varios intentos del monarca para equilibrar las desastrosas finanzas del Estado: cuando el 21 de mayo de 1749 el fiscal general publicó un edicto estableciendo un impuesto (el llamado "vigésimo") que debía ser pagado por todos los franceses -y por lo tanto por la Iglesia- la Asamblea General del Clero (de 1750) lo rechazó. Los obispos se negaron a dejar los privilegios que los hacían inmunes a las cargas del Estado, pero no a declinar las ventajas que éste les concedía. Fay explicita los resultados de esta actitud: "[...] el público dio rienda suelta a su desprecio contra aquellos prelados altaneros que se habían negado a compartir los gastos del país y ni siquiera permitían que se conociese el monto de sus fortunas. El odio contra el clero se acrecentó".⁸

³ Bernard Fay, *La Revolución Francesa*, Ed. Siglo Veinte, 1967, p. 37.

⁴ "Uno de los primeros pasos de la Revolución francesa consistió en atacar a la Iglesia, y, entre las pasiones que nacieron de dicha revolución, la primera en encenderse y la última en apagarse fue la pasión antirreligiosa." (Tocqueville, *El antiguo...*, p. 30.)

⁵ Tocqueville, *Inéditos...* p. 246..

⁶ *Ibíd.*, loc. cit.

⁷ *Ibíd.*, p. 225.

⁸ Fay, op. cit., p. 27.

Por otra parte, más allá de los ingresos que la Iglesia percibía por diezmos y prebendas, además de exenciones, la Corona garantizaba su preeminencia sobre cualquier otro culto, y la marginación -cuando no la persecución- del *jansenismo*, una variedad francesa del protestantismo tardío.

Si bien la intelectualidad secular, con su glorificación de los hallazgos científicos (que justificaban su fe en la augusta Razón), identificaba a la Iglesia con el oscurantismo, la superstición y la irracionalidad medieval, y llevaba la antorcha del saber contra el escolasticismo y la monarquía absoluta (más imaginada que realmente absoluta), poco hubiera podido contribuir al estallido de la revolución si no hubiera contado con la ayuda de los salones aristocráticos, las reuniones de la burguesía enriquecida (y muchas veces ennoblecida) y la masonería, instalada en Francia desde 1717.

Sobre todo en París, esta heterogénea red era extensa y tenía vasos comunicantes que potenciaban su capacidad de influir sobre los estratos inmediatos a ellos (abogados, notarios, médicos, pequeños comerciantes, artesanos). El rasgo común es que se combatía allí la monarquía, se ridiculizaba al catolicismo y se admiraba a Inglaterra y a los Estados Unidos de Norteamérica. Se había conformado ya -como uno de los aspectos cruciales de la disolución de la sociedad aristocrática- una opinión pública, institucionalizada de hecho. Cuando se convoca a los Estados Generales, en agosto de 1788, para ello de mayo del año siguiente, el clima de agitación creado, por años, a través de los salones, los cafés, las logias, las sociedades secretas, se hace evidente: "La libertad de expresión existe de hecho; los folletos, los llamamientos, las advertencias, los ensayos, las cartas, se multiplican [...]".⁹ Las agitaciones callejeras, los tumultos, las dificultades para mantener el orden, eran cada vez mayores. Allí estaban presentes los miembros de la intelectualidad secular periférica: abogados, médicos, empleados de tribunales, artistas, estudiantes, siempre hostiles al poder real y sus agentes. Y de allí surgirán los líderes, totalmente desconocidos entonces, que en pocos meses gravitarán decisivamente sobre las masas liberadas de las sujeciones tradicionales.

3. Masas en disponibilidad

La ruptura de estructuras sociales básicas genera la liberación y formación de extensas masas disponibles, no integradas, sueltas, cuasi marginales, que procuran hallar una nueva vía institucionalizada para insertarse o reinsertarse en la estructura social. La quiebra de la economía natural, típica del feudalismo,¹⁰ provocada por el soterrado y finalmente espectacular crecimiento de la economía de mercado, derivó en la expansión de grandes contingentes demográficos sin ubicación precisa. Escapaban a las relaciones sociales tradicionales para

⁹ Albert Soboul, *Historia de la Revolución francesa*, Ed. Futuro, 1964, p. 60

¹⁰ "El problema es que en Europa occidental, el feudalismo se extinguió hacia 1500, pero el capitalismo - tal como lo conocemos hoy- no había nacido aún [...]" (D. C. North y R. P. Thomas, *El nacimiento del mundo occidental (900-1700)*, Siglo XXI, Madrid, 1978, p. 198.)

transformarse en trabajadores itinerantes o, más probablemente, probar fortuna en las ciudades, en particular en París, donde podían convertirse en artesanos, tenderos, soldados, servidores, empleados o mendigos.

Pero si la ruptura de las estructuras feudales liberaba grandes masas de población -al mismo tiempo que despertaba aspiraciones desconocidas hasta un pasado reciente, donde la perspectiva del mundo y de la vida se hallaba ásperamente contenida por las rígidas limitaciones estamentales- por otra parte creaba un gran vacío político. Sometidas a las imposiciones feudales y luego señoriales, esas masas habían obedecido durante centurias las directivas de los señores. Pero desde hacía más de dos siglos, bajo la dinámica de la economía burguesa¹¹ eran asalariados libres, no sujetos a otro imperativo que el de su desempeño en el trabajo, aunque sometidos a servicios estatales y señoriales, y a impuestos -en el caso de los millones de campesinos minifundistas-¹² que rechazaban con acritud, en la misma medida en que su situación coyuntural era grave debido a sequías reiteradas. Así, el prestigio de la monarquía se había debilitado hasta un punto que los hechos demostrarán como crítico, no operaba sobre esas masas ninguna pauta política, ningún compromiso político: se hallaban en disponibilidad.

Pero la misma política no existía todavía como acción social posible para ellas. La complejización social provocada por el avance de la modernidad, la oposición de la nobleza y el clero contra la Corona, y la fuerza irresistible de la burguesía, tácita pero presente, en el conflicto por la dirección del poder, develarán el escenario atormentado de la práctica política abierta -aún caótica- adonde serán llamados a participar. Entonces demostrarán la dinamita latente de sus potencialidades para ser movilizadas en procura de desequilibrios políticos siempre variables y dramáticos.

Los agrupamientos según ciertas ideas y lealtades personales conformarán las inestables élites políticas -también ellas novedosas para el conflicto político y para sí mismas-, que se lanzarán a incitar a estas masas apenas ingresadas a las aventuras de la lucha por el poder. De la agitación en los círculos aristocráticos de los salones se pasará a la agitación en las calles y las plazas, los clubes y las tabernas. Los discursos, las arengas y los debates -irregulares y apasionados, inclusive violentos-¹³ pronunciados en asambleas, reuniones y mitines donde proliferaban agitadores bien provistos de consignas y dinero, arrancaron de la

¹¹ "El incremento del nivel de precios, que alcanzó durante el siglo XVI un carácter endémico, redujo aquélla [renta fija del campesino al señor], hacia el año 1600, a la condición de ser un pago puramente nominal. De este modo, *la economía señorial conoció su crisis definitiva*. Las prestaciones laborales se vieron irreversiblemente sustituidas por pagos monetarios en concepto de renta; ahora la tierra era cultivada por propietarios libres y/o trabajadores que percibían salarios monetarios y que eran libres para buscar el empleo más conveniente para ellos." (North-Thomas, op. cit., p.130. La cursiva es mía.)

¹² "Sería erróneo afirmar que, a principios de la Edad Moderna, Francia era un país de latifundios. Lo característico en ese país era el pequeño propietario rural," (Ibíd., p, 198.)

¹³ "Nada suena tan agradablemente al oído de la libertad como el tumulto y los gritos de una asamblea popular. Gracias a ellos se despiertan los más grandes sentimientos, se desenmascaran las indignidades, el mérito personal brilla en todo su esplendor y todo lo falso abre paso a la Verdad." (Saint-Just. *El espíritu de la Revolución*. Melina. Buenos Aires. 1965. p. 36.)

pasividad a estas masas que se iniciaban en la vida política según las directivas más extremas.

4. La democratización fundamental

Así se configuraron los elementos característicos del proceso de democratización fundamental, uno de los fenómenos connaturales a la modernidad, y su manifestación definitoria en el área de lo político. Sólo que en Francia, desde el 14 de julio de 1789 -día de la glorificada toma de la Bastilla-, el lanzamiento de la democratización (a diferencia de lo que había ocurrido en la Revolución inglesa de 1688 y la norteamericana de 1776, modelo e inspiradora) opera en un contexto de limitaciones críticas.

Una de ellas es la *rapidez y violencia* de la participación ampliada, que tornaba intrincados los problemas políticos e indomables las controversias que debían darles solución. Curiosamente, es el primer ministro Etienne-Charles de Lomenie de Brienne, arzobispo de Toulouse, quien en el edicto del 5 de julio de 1788 -ante la posible convocatoria de los Estados Generales- propone algunos interrogantes inquietantes, por la vastedad de sus implicaciones sociales y psicológicas: ¿el voto será universal o limitado?; ¿la asamblea será amplia o reducida?; ¿los Estados (clero, nobleza y estado llano) sesionarán juntos o separados?; ¿serían iguales o desiguales en derechos?

Cuando el 8 de agosto de 1788 se convocó a los Estados Generales para mayo del año siguiente, y cuando el 24 de enero de 1789 se llamó a elecciones para elegir representantes, se comenzaron a contestar estas preguntas y simultáneamente a manifestarse sus inesperadas consecuencias. El sistema electivo, no obstante sus imperfecciones y limitaciones (para el Tercer Estado sólo podían ser electores los hombres mayores de 25 años anotados en el padrón de contribuyentes), originó en todo el país una multitud de asambleas. Fue una inmensa llamarada de agitación en toda Francia.

Además, cada estamento debía expresar sus necesidades y aspiraciones en *cahiers des doléances*: "[...] las campanas de cada una de las parroquias rurales de Francia [sobre 26 millones y medio de habitantes, el país contaba con 20 millones de campesinos] reunieron a los habitantes en la plaza a la puerta de la iglesia; y allí se pusieron a componer juntos, por primera vez desde los orígenes de la monarquía, lo que todavía se llamaba, como en la Edad Media, el *cahier des doléances* o memorial de agravios del Tercer Estado".¹⁴

Estas medidas constituían un gigantesco llamado a la participación política ampliada, en un contexto donde ningún sector contaba con experiencia en la política abierta y multitudinaria, ni con las herramientas institucionales -aunque fuera rudimentarias- para canalizar la lucha por el poder y hacer posible y ordenada la movilización psicológica y social, de carácter masivo, que necesariamente implicaba. No existían protopartidos, ni condiciones regulares de

¹⁴ Tocqueville. *Inéditos...*, p. 99.

contactos entre grupos, sectores o estratos sociales, lo que impedía concretar acuerdos, aunque fuera parciales, sobre problemas decisivos.

La misma amplitud de la consulta y la participación sin restricciones multiplicaba los grupos y las élites contrapuestas e impedía tratar y seleccionar tanto los problemas como las soluciones. Una participación más limitada, y por ello más oligárquica, habría facilitado las reformas que exigía la democratización, con una real consolidación de sus logros, y costos sociales (en términos de vidas humanas y destrucción de bienes) infinitamente más bajos que los provocados por la revolución.

Edmund Burke formula, en el mismo momento de los acontecimientos, las razones de esta posibilidad: "[...] tenéis toda esa combinación y oposición de intereses, esa acción y contra-acción [el pluralismo espontáneo que se genera en una sociedad compleja con una economía de mercado, aunque ésta se halle limitada] que en el mundo natural y el político deduce, de la lucha de fuerzas discordantes, la armonía del universo. Estos intereses opuestos y contradictorios, que considerabais como un defecto tan grande de nuestra antigua y de nuestra actual constitución, interponen un contrapeso razonable a toda revolución precipitada. Hacen que la deliberación no sea cuestión de elección sino de necesidad; que todo cambio sea resultado de un *compromiso*, cosa que produce naturalmente una moderación; produce *templanzas* que evitan el triste mal de las reformas crudas, duras y extremas, haciendo con esto impracticable para siempre todo ejercicio de poder arbitrario por parte de los pocos o de los muchos. Gracias a aquella diversidad de miembros e intereses, la libertad general tenía tantas seguridades como opiniones separadas existían entre los diferentes órdenes [...]".¹⁵ Burke explicita a continuación una de las razones que fundan esta desestimación del compromiso y la templanza en beneficio de resoluciones extremas e irreparables: "[...] habéis preferido actuar como si no hubierais formado nunca una sociedad civil y como si tuvierais que comenzar todo desde la base".¹⁶

Precisamente, en los revolucionarios más extremos reposa la idea de que una sociedad puede ser construida desde cero (el fundamento del *revolucionarismo*), con prescindencia de su cultura y del sistema de relaciones existentes entre las naciones, desde la pura razón (idea expresada por nuestro Mariano Moreno). Por lo tanto, es preciso destruir todo lo social y culturalmente operante, derivado de la edad de las "tinieblas" y la "superstición", para alcanzar la sociedad y el hombre virtuosos (en vocabulario actualizado, la sociedad "desalienada" y el hombre "completo"), distorsionados por las instituciones irracionales.

La convocatoria casi irrestricta del rey produjo un hecho notable, señalado con puntillosa lucidez sociológica por el mismo Burke al analizar la composición de la Asamblea Nacional: "Después de haber leído la lista de personas y grupos elegidos por el *Tercer Estado*, nada de lo que pudiera hacer me podría asombrar.

¹⁵ Edmund Burke, *Textos políticos. Reflexiones sobre la Revolución francesa*, FCE, México, 1942, pp. 70-71. Las cursivas están en el original.

¹⁶ *Ibíd.*, p. 71.

He visto entre ellos algunos de reconocido rango; algunos de talentos brillantes; pero no he encontrado uno solo que tuviera experiencia práctica de los asuntos del Estado. Los mejores eran únicamente teóricos".¹⁷ Estos desconocidos e improvisados son el núcleo de la intelectualidad periférica (médicos, abogados, periodistas).

Y, habría que decir, portadores de esa teoría que imagina poder construir totalmente de nuevo a la sociedad según los puros designios de quienes transitoria y efímeramente gobiernan, sin atender a las fuerzas existentes, productos indeliberados de un remoto pasado.

"Juzgad pues, señor, de mi sorpresa -dice Burke más adelante- cuando encontré que una grandísima proporción de la asamblea (la mayoría, creo, de los miembros que asistieron) estaba compuesta por abogados y curiales. No estaba compuesta por magistrados distinguidos que hubieran dado a su país prendas de ciencia, prudencia e integridad; ni de juristas eminentes y glorias del foro; ni de profesores universitarios de renombre; sino que la mayor parte -como tiene que ocurrir con tan gran número [580 diputados por el Tercer Estado]- procedían de la parte inferior, indirecta o meramente mecánica o instrumental de la profesión. Había excepciones distinguidas, pero la composición estaba formada por oscuros abogados de provincias, funcionarios de pequeños tribunales locales, fiscales municipales, notarios y toda gama de ministros de los litigios municipales, fomentadores y caudillos de la pequeña guerra de vejaciones de aldea."¹⁸

Por otra parte, la irrupción de la opinión pública institucionalizada -una componente necesaria del proceso de democratización fundamental- originó una sorprendente gama de publicaciones de todo tipo (especialmente periódicos y folletos), y, dato quizá más expresivo, numerosas sociedades y clubes que reunían a tendencias, o corrientes dirigidas a encarar la lucha por el poder. Formadas sobre la misma marcha de los acontecimientos por élites inestables, arrojadas salvajemente al conflicto político, tenían el propósito de dar coherencia a los componentes de esas élites y de captar las masas disponibles para convertirlas en combustible de su propia acción.

Pero el hecho cardinal de que las discrepancias políticas fueran cada vez más abismales y más violentas después que el clero y la nobleza hubieran resignado por completo todos sus privilegios -no sólo aquellos que el rey les había pedido reiteradamente que abandonaran y que se resistieron a entregar, sino otros más lesivos a sus intereses políticos y económicos- ilumina con la extraña claridad de lo inesperado el perfil de una *nueva élite política* (entre las varias que se hallan en pugna) que ensaya la práctica de una nueva tecnología de dominación (aquella que permite la manipulación de las grandes masas disponibles) y que se ha introducido sin ser invitada en la reyerta de los grupos institucionalizados. En el seno de esos grupos se insinúa como una cuña cuya influencia avanza hasta impedir toda posibilidad de acuerdo y compromiso. El conflicto político se transforma en una constante apuesta del "todo o nada". Estas prácticas políticas se sitúan mucho más allá de la oposición "privilegiados-no

¹⁷ *Ibíd.*, p. 75.

¹⁸ *Ibíd.*, pp. 76-77.

privilegiados". En esas condiciones, la democratización, después de iniciarse, se agotó al punto de hacerse imposible. Las enseñanzas -y las mitologías- de esta élite se proyectaron sobre todos los procesos de democratización de Occidente, les impusieron un sello particular y en ocasiones contribuyeron decisivamente a su erosión, su derrumbe, o a la deformación trágica y grotesca de sus metas.

5. Una nueva tecnología de dominación

De estas sociedades y clubes (que fueron el marco para la acción de la clase de los políticos profesionales), algunas clandestinas o semiclandestinas, a las que habría que agregar la extensa y ubicua red de la masonería, sólo el club denominado popularmente "jacobino" alcanzó a delinear un protopartido. Sólo él logró sobreponerse, por la rigidez de su organización interna y su capacidad para movilizar las masas en disponibilidad, a las demás sociedades y clubes.

El acaudalado y noble Adrien Duport – consejero de la Tercera Cámara de Investigaciones del Parlamento de París (el bastión del primer alzamiento contra la monarquía, integrado por la nobleza de toga) – inicia el club como “Sociedad de amigos de la Revolución” y luego como “Sociedad de amigos de la Constitución”, junto a Antoine Barnave y Alexandre Lameth, con quienes integra la alianza *Triunviros*. La base es el grupo de diputados que constituía el “Club Bretón”. Antoine Barnave pertenecía a una familia protestante de la alta burguesía, mientras que Alexandre Lameth, con su hermano Charles, ambos nobles, eran hombres de fortuna con intereses considerables en Santo Domingo. Desde diciembre de 1789 a junio de 1791, los Triunviros tienen decisiva influencia en el curso de la revolución. Forman parte del núcleo de los grupos aristocráticos que desataron la revolución y que todavía no se habían amedrentado con el desarrollo de los ya trágicos acontecimientos.

Aparece entonces la práctica de una *nueva tecnología de dominación*, sólo posible por la presencia de masas en disponibilidad (más decisivas en la medida en que la policía de París y las fuerzas militares han sido sustituidas por la Guardia Nacional dirigida por el marqués de Lafayette, y que se ven engrosadas por el ingreso a París de inmigrantes originados en las provincias). El mismo desorden – que en ocasiones la misma Guardia Nacional es incapaz de dominar – del contexto en el que se lanzan por primera vez a la participación crea condiciones ideales para que grupos pequeños, sólidamente cohesionados detrás de propósitos definidos, desconcierten y derroten a grupos más poderosos pero indecisos. Lenín, Mussolini y Hitler aprenderán esta lección cumplidamente.

Para eso se preparan grupos destinados a intimidar, desde la tribuna o la calle, tanto a rivales como a partidarios, conduciéndolos al extremismo y a imponer un resultado a los debates, cualquiera sea el tema y el contenido de la propuesta. Brigadas de fanáticos incitan a la multitud o a las fuerzas del orden contra personas o grupos adversarios. Los mismos diputados del club no pueden opinar y menos decidir por sí: se hallan estrechamente vigilados por la dirección mediante sus grupos de choque. Los oradores de ideas diferentes a las de los jefes

son brutalmente sometidos a silencio con gritos, abucheos, amenazas (o su realización) y silbidos. Antes de concurrir a la asamblea se acuerda qué temas discutir y cómo votar. La técnica de los jacobinos se va perfeccionando -ya alejados los Triunviros- en la misma práctica y se propaga hasta dominar a la Convención (reunida desde el 21 de septiembre de 1792) y a la Comuna de París.

A partir del 2 de junio de 1793 -y hasta el 28 de julio de 1794- los jacobinos se hacen dueños del único poder existente -la Convención- convertido en un poder absoluto, al que tornarán en una dictadura aplicada a llevar al nivel del Estado las prácticas de terror utilizadas antes en la lucha política.

Las condiciones en que se desarrollaba el proceso de democratización condujeron -por primera vez en la historia- al experimento de las modernas técnicas del gobierno totalitario. Allí se evidencia la imposición de la doctrina única asumida como una religión,¹⁹ la eliminación física de los adversarios y el silenciamiento riguroso de la opinión pública institucionalizada. Si los jacobinos contaban en el momento de su fundación -1790- con 152 filiales en todo el país, ya en junio del año siguiente reunían más de 500. Un comité de correspondencia informaba a esa extensa red de seguidores, y les daba interpretaciones y órdenes. Para reforzar este último y decisivo aspecto, los jacobinos enviaban a todas las provincias agentes incondicionales encargados de hacer cumplir estrictamente las decisiones de París. Además, cada jefe militar era acompañado y vigilado por un representante del Comité de Salud Pública,²⁰ la primera experiencia de lo que en la revolución bolchevique se llamará "comisario político" (un elemento fundamental también de la técnica nacional-socialista).

Las garantías de los Derechos del Hombre fueron suprimidas. Al mismo tiempo, se impuso la Ley de los sospechosos, por la que fueron arrestados decenas de miles de presuntos opositores, la mayoría ejecutados. Las víctimas pertenecían a todos los sectores de la sociedad francesa, pero especialmente, en los comienzos, a los grupos que habían iniciado la revolución. El mayor número abarcó a los estratos inferiores de la población. Desde el 27 de marzo de 1793, las causales de arresto y juicio (exento de toda garantía) eran tan vagas y tan amplias que en septiembre del mismo año se debió aumentar el número de jueces porque era imposible atender tal avalancha de causas. La imposibilidad de considerarlas, sin embargo, se hizo mayor, a pesar de que la Convención, en octubre, había autorizado a limitar los juicios a tres días.

Gran parte del país resistía el afán geometrizable del virtuoso terror: la zona de la Vendée se hallaba en armas; Marsella, Burdeos y Lyon, además de

¹⁹ "Inspiró [la revolución] el proselitismo e hizo nacer la propaganda. Por eso al fin pudo adquirir ese aspecto de revolución religiosa que tanto espanta a los contemporáneos; mejor dicho, se convirtió ella misma en una especie de religión nueva; religión imperfecta, es decir sin Dios, sin culto y sin otra vida pero que, pesar de todo, como el islamismo, inundó la tierra con sus soldados, sus apóstoles y sus mártires" (Tocqueville, *El antiguo régimen...* p. 39.)

²⁰ En la novela *El 93*, de Víctor Hugo, se exponen las relaciones entre este enviado civil y el jefe militar, en el escenario tormentoso de la revuelta campesina de la Vendée. Alejo Carpentier ofrece una admirable visión de los efectos revolucionarios en las colonias francesas del Caribe a través de *El siglo de las luces*. Allí y en *Historia en dos ciudades*, de Dickens, se describen elementos esenciales de la nueva tecnología de dominación, además de otros rasgos históricamente notables. *Los dioses tienen sed*, de Anatole France, describe un retrato paradigmático del artista revolucionario dominado por la nueva religión política.

Avignon, en manos de enemigos del gobierno. En las elecciones para aprobar la Constitución del 93, sobre un total de 7 millones de electores, sólo 1.891.918 votaron a favor; "17.610 se atrevieron, a riesgo de su vida, a decir no".²¹ La Convención decretó las levadas masivas de ciudadanos para formar los ejércitos, aquellos que, en manos de Napoleón, se pondrían al servicio de una vocación imperialista y dictatorial, a costa de la vida de millones de jóvenes franceses, bajo la bandera de la libertad y la gloria militar.²² Al poder limitado del rey siguieron, por más de dos décadas, gobiernos de alcance ilimitado. Al pluralismo que espontáneamente había emergido en el seno mismo de la sociedad aristocrática como resultado de un profundo proceso de complejización social, y que presagiaba el advenimiento de un sistema compartido de normas capaz de fundar poderes políticos limitados, sucedió la abrupta irrupción de masas disponibles y élites alternativas en feroz conflicto, al punto de que las condiciones iniciales del pluralismo desaparecieron.

Si el Segundo y Tercer Estado muestran, según se consigna en los cuadernos de peticiones, una notable coincidencia en aspectos vitales de las reformas al Estado y a la estructura política, y aun una estrecha afinidad cultural -visible en el entusiasmo con que incorporan y difunden las ideas de los *philosophes*-²³ ¿por qué las discrepancias en las asambleas, en lugar de conducir al acuerdo, inevitablemente provisional, llevan hacia enfrentamientos cada vez más ásperos? La contestación podría hallarse en el examen de algunos componentes básicos de esa nueva tecnología de dominio político, fundada en el manipuleo de las masas disponibles, cuya inesperada presencia modificó en su raíz el contexto de presiones en que se mueve una -también inesperada- dirigencia política. Una intelectualidad periférica (abogados, médicos, periodistas, curas de aldea) muy joven, de origen principalmente provincial, es el filón de recursos humanos -tan sagazmente advertido por Burke- de los primeros políticos profesionales, aquellos que se inician en la tarea de agitar y movilizar a las masas con el propósito de acceder al poder o mantenerse en él. La misma

²¹ Fay, op. cit., p. 439.

²² "Francia declaró que renunciaba al espíritu de conquista. Será mejor que guste de la paz o que licencie a sus tropas en vísperas de una guerra ofensiva." (Saint-Just, op. cit., p. 141.) Estas palabras escritas en 1791 son un punto de referencia para medir el abismo que la revolución abrirá entre el deseo y la realidad. Otro ejemplo: "¡Desdichado el gobierno que desconfíe de los hombres!" (Saint-Just, en el mismo texto, p. 104.)

²³ "De todos los privilegios materiales de la nobleza, la exención fiscal era el más importante. Ahora bien, una aplastante mayoría, el 71% de los cuadernos de la nobleza ¡renuncia a él y reclama la igualdad ante el impuesto! ¿Estaba más apegada la nobleza a otros privilegios?, ¿no habría soltado lastre en un punto capital para salvaguardar mejor los restantes? Parece dudoso. ¡El 79% de los cuadernos de queja no hace alusión alguna a los tribunales señoriales, y el 85% tampoco menciona los derechos feudales! [...] La posición respectiva de los dos órdenes con respecto a las estructuras tradicionales de la sociedad revela su convergencia fundamental. Ni uno ni otro [nobleza o estado llano] son afectos a la antigua constitución del reino (6% y 12%), ni al mantenimiento de la sociedad de órdenes (7% y 15%)." Datos de Sasha B. Weitman, citados por G. Chaussinand-Nogaret, *Estudios sobre la Revolución Francesa y el final del antiguo régimen*, Akal Editor, Madrid, 1980, pp. 44 y 45.)

Pero veamos lo que propone un noble a otro: "D'Epresmil escribía al conde de Entraigues: 'La libertad individual, la libertad política y la libertad de prensa: obtendremos estos tres puntos para la nación o pereceremos'". (Citado por Denis Richet. "En torno a los orígenes ideológicos de la Revolución Francesa", en *Estudios sobre la Revolución Francesa y el final del antiguo régimen* citado arriba, p. 33.)

carencia de protopartidos -a diferencia de lo que ocurrió en Inglaterra inmediatamente después de 1688- impidió moderar y canalizar - quizás en el plano de una democracia limitada la participación de una población considerable recién ingresada a la lucha política, y contener la trágica violencia que se empleó y que castigó particularmente a los sectores más humildes, no sólo mediante el expediente de la guillotina, sino del hambre recurrente e insuperable, y las matanzas de guerras incesantes.

En síntesis, la democratización fundamental se interrumpió, perturbada por una nueva tecnología de dominación, cuyos recursos sociales ella misma había develado. En este sentido, como afirma Tocqueville, "Por radical que fuera la Revolución, fue, no obstante, menos innovadora de lo que se supone generalmente [...]".²⁴

6. La centralización

Los detalles de prácticas políticas novedosas no son sino indicadores espectaculares de una creciente centralización,²⁵ operada desde los orígenes de los conflictos, cada vez más irreductibles, entre los trece parlamentos de Francia -y señaladamente el de París- contra la monarquía, el de tres Estados contra ésta, el del Tercer Estado contra los otros dos, y, finalmente, entre grupos y sectores brutalmente opuestos del Tercer Estado. A medida que esta secuencia se realiza, por una parte la conducción aristocrática de la revolución (duque de Orléans, marqués de Lafayette, conde de Mirabeau, Adrien Duport, el astrónomo Jean-Sylvain Bailly, el duque de Lauzun, el duque de La Rochefoucauld, entre otros) es, sustituida por la intelectualidad periférica (Danton, Camille Desmoulins, Robespierre, Marat, Saint-Just, Brissot, Carnot), en su mayoría abogados y periodistas, entre quienes principalmente se originan los primeros políticos profesionales; por otra parte, la influencia de las provincias -donde finalmente aparece la más dura resistencia a la revolución- es reemplazada por el dominio absoluto de París y la sujeción completa de los poderes locales a sus directivas.

Estas dos líneas de fuerza en la evolución de los acontecimientos confluyen en la radicalización y la violencia crecientes de la conducción revolucionaria. Cuanto más la política se aleja de la solución modernizadora (sustituir la soberanía del príncipe por la soberanía, no del pueblo, sino de los principios normativos compartidos que debían institucionalizar tanto el conflicto político como el control del poder), más sectorial y cruel se torna el gobierno y por eso más férreamente centralizado.

²⁴ Tocqueville. *El antiguo régimen*.....p. 48.

²⁵ El desorden que precedió y siguió al estallido de la revolución produjo transitoriamente una fuerza centrifugadora del poder. Pero éste era ya muy centralizado. Lo que hará la revolución será reconstituir desde esa centrifugación inicial, los fragmentos transitoriamente desperdigados y fundirlos otra vez, pero mucho más sólidamente. Como afirma Tocqueville, la centralización "[...] no es en absoluto una conquista de la Revolución. Es, por el contrario un producto del antiguo régimen [...]". (Ibíd , p. 63.).

Pero éste es un fenómeno que no creó la revolución sino la monarquía.²⁶ Es Luis XIV quien lo hace culminar al someter a los señores a las tentaciones de la corte y al arrancarlos de sus tierras, donde eran jefes naturales, con responsabilidades tácitas y funciones definidas. Tierras, por otra parte, en gran proporción divididas entre los campesinos, al punto de que el minifundio es el rasgo dominante del campo francés.²⁷ El rey había desplazado el poder los señores por el suyo, delegado casi siempre a funcionarios plebeyos. Tocqueville recuerda estas palabras lapidarias de Law para mostrar hasta dónde alcanzaba la centralización: "Sabed que este reino de Francia [le dice al marqués de Argenson] está gobernado por treinta intendentes. Aquí no encontraréis ni parlamento, ni estados [clero, nobleza, plebeyos] ni gobernadores; es de treinta letrados del Estado comisionados en provincias de quienes dependen la desgracia y la felicidad de estas provincias, su abundancia o esterilidad".²⁸

La revolución quebró transitoriamente esta centralización, pero en cuanto se perfiló en sus turbulencias un grupo dominante, apoyado en una fuerza militar reconstituida y una represión despiadada -ejercida con predilección sobre los propios revolucionarios que se disputaban el poder- el monolitismo de la centralidad política recuperó su vigencia: habrá preparado las condiciones de la dictadura militar. Ya en los cuadernos del Tercer Estado Tocqueville había visto que esta práctica política respondía a una arraigada creencia de que el Estado debía intervenir en todo: "[Observo] La misma idea, aunque muy ampliada, que se encuentra ya en los cuadernos de los dos estamentos, según la cual hace falta que el Estado intervenga en todo, acuda a todos, anime, cree, impida... [...]... incluso aquellos que son descentralizadores por sus presiones, y a menudo por sus ideas, son invenciblemente arrastrados hacia la centralización por sus necesidades y sus hábitos. [...] [Observo] Estímulos al comercio interior, restricciones contra los productos extranjeros: lo corriente en las peticiones del Tercer Estado".²⁹

La centralización aumentó la importancia relativa de las ciudades y particularmente de París, pero, lo que fue decisivo, se apoyó y al mismo tiempo promovió una extensa burocracia. El pensamiento burocrático se impuso en la consideración de todos los problemas, perturbó los mercados y trabó su capacidad de procesar y producir información. A través de todas sus prolongaciones en todo el país obligaba a los artesanos a utilizar ciertos métodos de producción, de cuyo cumplimiento debían dar cuenta a los intendentes o a sus inspectores generales; en otros casos se prohibían determinados cultivos, al extremo de arrancar viñas que se juzgaba plantadas mal; los reglamentos de Colbert establecían dónde colocar el tacho de desperdicios en talleres o tiendas.

²⁶ Tocqueville. *El antiguo...* Libro Segundo, capítulo II.

²⁷ "Pero en Francia también se había producido otra revolución, más adelantada todavía, en la condición del pueblo: el campesino no sólo había dejado de ser siervo; se habla convertido en propietario agrícola [...]. Durante mucho tiempo se ha creído que la división de la propiedad agrícola databa de la Revolución y que sólo a ella se debía; lo contrario está demostrado por toda clase de testimonios." (Ibíd., p. 53. Cursivas en el original.)

²⁸ Ibíd., p. 67.

²⁹ Tocqueville. *Inéditos...*, p. 206 y 207.

El gobierno intervenía hasta en los aspectos menudos, e irrisorios, y sin duda perjudiciales, para la vida económica. La actividad del mercado transitaba bajo la férula de una espesa red de reglamentaciones, cultivada cuidadosamente por la burocracia del rey.

Pero ésta tenía también otras fuentes. Desde 1692 el rey halló una nueva veta para robustecer sus ingresos al disponer la venta de funciones municipales a las ciudades. Cuando necesitaba más dinero, el rey volvía a quitar al municipio el derecho de elegir su gobierno y se lo vendía nuevamente.³⁰ Además, creaba cargos para vendérselos a burgueses que convertía en nobles. Las obras públicas de cualquier rincón del reino debía ejecutarse según planes y prescripciones ordenados por el Consejo del Reino: El Estado se entrometía en el control tanto de las ciudades y villas como de pueblos y aldeas. Sus habitantes habían sido despojados de todo poder político -y finalmente económico-, que tenían en la Edad Media, en beneficio del rey.

De los funcionarios medievales elegibles, independientes del señor, quedaban en la parroquia francesa del siglo XVIII solamente dos: el *recaudador* y el *síndico*, pero sujetos ahora al Estado en la persona del intendente (un funcionario nuevo, delegado del rey, de origen plebeyo, pero ennoblecido).

Esta política trababa –cuando no anulaba– el desarrollo de la economía agraria, aislaba a los campesinos (en su mayoría pequeños propietarios) de los señores y la burguesía, empobrecía a la nobleza provincial (que odiaba a la nobleza de corte y a la nobleza de toga), y finalmente indisponía a todos con la monarquía. Los nobles no tenían otra meta que medrar en la corte o convertirse en oficiales de ejército. Habían perdido todas sus funciones políticas y gran parte de las sociales y se hallaban aislados frente al rey y a sus tradicionales subordinados, los campesinos. Además, se hallaban divididos por concepciones (unos tenían como modelo a la nobleza prusiana, otros a la inglesa) y actividades (muchos participaban en la explotación minera, la marítima, las inversiones financieras y el alto comercio, entre otras).³¹

La mayoría de los castillos se hallaban vacíos o se ocupaban algunas veces al año y por poco tiempo. Además de estar fuertemente endeudados debido a la dispendiosa vida de la corte, gran parte de sus tierras se encontraban hipotecadas. Con todo, contaban con un inmenso prestigio social. Algunos gozaban de gran fortuna. Aparte de sus rentas, percibían suculentos subsidios del Estado. Así, mientras las funciones útiles, tradicionales en la alta nobleza (protección del territorio, mantenimiento del orden, defensa de derechos frente a arbitrariedades del rey, administración de justicia) habían desaparecido, absorbidas por un poder central que aspiraba a la omnipotencia, sus privilegios continuaban indemnes. Entre éstos, el de no pagar impuestos. Lo que se explica si reparamos en que el avance de la centralización condujo a la poda de todos sus poderes y por ende a

³⁰ “El objetivo básico del Estado era de carácter fiscal. Efectivamente, el Estado perpetuó e hizo que se respetaran los monopolios gremiales a cambio de ingresos. Los gremios compraban a la Corona sus derechos de monopolio, lo cual constituía una importante prerrogativa real” (North-Thomas, op.cit., p.199.)

³¹ Véase el artículo ya citado de Guy Chaussinand-Nogaret en *Estudios sobre la Revolución Francesa y el final del antiguo régimen*, p.35.

la dependencia de los favores del rey. Los privilegios que poseía eran el precio que debía pagar el rey por el fortalecimiento del Estado absolutista.

Pero hay otra vía para la consolidación del centralismo y la burocratización. Recaudar los impuestos exigía una vasta burocracia, unida paralelamente a las necesidades de una estricta y detallada regulación de la producción urbana.³² Esta se hallaba en manos de las corporaciones, que pagaban a la Corona el privilegio de sus beneficios monopólicos. El control para recoger la gama de impuestos y contribuciones impulsaba la burocratización -agravada por la venta de cargos inútiles-, y ella a las reglamentaciones y controles, que a su vez conducían a más burocratización.

Si los inicios de la revolución desbarataron transitoriamente este monolitismo centralizador -generando el atisbo de criterios institucionales de inspiración federal- pronto fue recompuesto, y más violentamente cuanto más violenta se hacía la lucha por el poder y la militarización se acentuaba, hasta acceder al centro de la escena política, eliminando al conflicto (en lugar de institucionalizarlo); desplazando a las masas de la democratización al nacionalismo (en lugar de integrarlas a la formalidad democrática); aboliendo la institucionalización de la opinión pública, e implantando primero el terror masivo y luego la dictadura militar.

Una profunda reacción, tras la máscara de un "progresismo" tranquilizador -aquel cuyas prácticas derivarían en el socialismo y el anarquismo-, producía en el plexo crucial de la modernización el afloramiento de elementos tradicionalistas de la sociedad simple, que la interrumpían bruscamente. Sólo la penetración de capitales ingleses, especialmente a partir de 1830, y las prolongaciones de la Revolución Industrial, alentarán otra vez la modernidad y el proceso de democratización fundamental, aunque con altibajos.

El largo desarrollo histórico que llevó a la centralización alimentó una espesa burocracia, y ambas contribuyeron decisivamente a fortalecer los poderes del Estado. Cuando éste se identificó con la nación, y la patria con el nacionalismo, bajo la severa mano de una militarización que sintetizó el conjunto de esos elementos, las condiciones para la dictadura estaban dadas.

7. La vertiente internacional

"Tanto como se ha hablado de las causas de la Revolución y no sabemos que nadie se haya ocupado de buscarlas donde realmente se encuentran. Una de las más importantes, a nuestro entender, estriba en este cambio de las condiciones exteriores del país, que echó un profundo descrédito sobre el gobierno francés."

Leopold von Ranke, "La Revolución francesa".

Para un país de orgulloso protagonismo europeo como era Francia, los resultados de las repetidas guerras libradas desde principios del siglo XVIII (Guerra de

³² Véase para este tema North-Thomas, op. cit., pp. 198-199

sucesión de España, Guerra de sucesión de Austria, Guerra de los Siete Años) derivaron en un extendido malestar interior, más visible cuanto más elevado el rango social. El efecto era particularmente claro en la nobleza, que gozaba con exclusividad del derecho de proporcionar oficiales al ejército. Las múltiples derrotas, salpicadas con algunos brillantes triunfos, difundieron el sentimiento de que Francia se estaba deteriorando irremisiblemente.

Aunque este sentimiento no se justificaba, ni por las condiciones externas ni por las internas,³³ lo cierto es que el prestigio nacional estaba herido y la culpa se situaba, para todos los grupos, sectores y estratos, en la monarquía anticuada e inepta. No es extraño comprobar así que la revolución haya sido iniciada por la más encumbrada aristocracia, dirigida contra el rey y contra lo que él representaba como titular de una forma de organización política. El Tercer Estado compartía con la nobleza la idea de que la nación no era reivindicada en el plano de la política mundial y que el sistema político debía modificarse.

El sentimiento nacionalista -que la revolución llevará hasta la exasperación,³⁴ al punto de convertirlo en uno de los fundamentos de la dictadura militar, a la que originó y llenó de vocación imperialista- se hace patente en el entusiasmo que despierta la revolución de las colonias inglesas de América. Ella aparece como una oportunidad para reanudar la contienda con Inglaterra por el dominio de Europa y reparar las humillaciones de más de medio siglo. Pero es también la ocasión para tentar la gloria militar y aquellos ideales de libertad y gobierno limitado que habían penetrado en los estratos superiores de la sociedad y particularmente en la aristocracia.³⁵ En este aspecto, los grupos burgueses no eran más "progresistas"; acaso lo eran menos. Sólo la intelectualidad secular -muchos de cuyos miembros eran aristócratas- compartía con la misma intensidad esos principios.

Ranke recuerda el efecto de la guerra americana sobre la alta nobleza a través de las *Memorias* del conde de Ségur: "La libertad -dice Ségur- presentábase ante nosotros con todos los encantos de la gloria. Mientras los hombres de edad veían llegada la ocasión de imponer sus principios y atar corto al despotismo, los jóvenes nos enrolábamos bajo la bandera de la filosofía

³³ "[...] en ninguna de las épocas que siguieron a la Revolución se desarrolló la prosperidad pública más rápidamente que durante los veinte años que la precedieron:" (Tocqueville, *El antiguo...*, p. 225.) Múltiples indicadores prueban esta aseveración. Esto no quiere decir que la situación financiera del Estado no fuera realmente crítica al igual que sus relaciones con la sociedad civil.

³⁴ "Cuando los hombres se quedan sin patria no tardan en hacerse malvados; por ello es preciso perseguir a cualquier precio la dicha que huye de nosotros, [...] La indiferencia por la patria y el excesivo amor a sí mismo es la fuente de todo mal y por el contrario, la indiferencia por uno mismo y el amor a la patria son la fuente de todo lo que es bueno," (Saint-Just, op. cit., p. 68.) Esta idea de patria derivó en un sectarismo que persiguió todo lo diferente a la pureza francesa (sea idioma, cultura, nacionalidad). Un ejemplo: "El presidente de Thann dijo a varios judíos admitidos en la sociedad [jacobina] que deberían hacer como los demás republicanos y renunciar a la usura y la pillería común a la raza; les aconsejó además cortarse sus barbas y rasurarse". (Crane Brinton, *Los jacobinos*, Ed. Huemul. 1962, p. 239.

³⁵ "Los cuadernos de los órdenes son unánimes en su actitud contra el absolutismo. Sacerdotes, nobles y burgueses reclaman una constitución que limite los poderes del rey [...]" (Soboul, op. cit., p. 62.)

llevados por el afán de guerrear, de distinguirnos, de alcanzar honrosos puestos; nos hicimos filósofos por motivos caballerescos".³⁶

El conde de Saint-Simon -aquel que bosquejaría el socialismo-, y uno de los más ricos jóvenes de Francia, el marqués de Lafayette, se pondrían a las órdenes de Washington, seguramente sumidos en las mismas acuciantes emociones que tan expresivamente esquematiza Ségur. Algo semejante debía ocurrir en el espíritu del conde de Rochenbeau (1725-1807)³⁷ cuando recluta 6.000 hombres y desembarca en Newport con ellos en julio de 1780 para unirse a Washington.

El "efecto de demostración" de la revolución norteamericana fue inmenso sobre Francia. No sólo invadió a la aristocracia: la monarquía no pudo mantenerse indiferente ante la oportunidad que le ofrecía la debilitada Inglaterra, enfrentada a un grave conflicto con sus colonias americanas. Aceptó la llegada de Benjamín Franklin como embajador de las colonias rebeldes que desafiaban quizás al imperio más poderoso de la tierra. El ilustre enviado -conocido en toda Europa por su condición de científico- desembarcó en las costas bretonas el 3 de diciembre de 1776 y cuatro días después entró en París. La ciudad, convulsionada y admirada, recibió al visitante como a un ídolo.³⁸ Se mutó en un fenómeno popular masivo: cada aparición del célebre anciano reunía multitudes. Así, el hijo de un fabricante de velas, empresario impresor y científico improvisado -pero exitoso- frecuentó con insistencia los despachos oficiales y los salones, fue recibido con fruición por lo más granado de la aristocracia, la masonería y la intelectualidad, y finalmente por el rey.

Sin otras brillantes que las de la modestia y la simplicidad, el anciano bonachón y lúcidamente realista logró que Francia declarara la guerra a Inglaterra en 1778 y se aliara militarmente a las colonias que llevaban como bandera la libertad. En 1783 Inglaterra pidió la paz y Francia obtuvo alguna reparación significativa para su prestigio internacional. Pero este gran esfuerzo bélico debilitó gravemente a la monarquía.

En primer lugar, las insuficiencias del Estado, ya crónicas debido a las continuas guerras y a los dispendios exorbitantes de la corte, se transformaron en insostenibles. Se hacía inevitable una reforma del Estado y una redefinición de todo el sistema impositivo, que hasta allí reposaba en las recaudaciones sobre el Tercer Estado. Pero este intento suponía también -y especialmente- un nuevo reparto del poder político y la creación de un sistema compartido de normas que tornaran pacíficamente rutinaria la lucha política, dentro de una democracia limitada, acaso censitaria. El curso de los acontecimientos quebró, casi desde la inauguración de los Estados Generales, esta posibilidad.

En segundo lugar, durante años, y simultáneamente con la difusión de las ideas de los genéricamente llamados "philosophes", las de libertad y gobierno

³⁶ Leopold von Ranke, *Pueblos y Estados en la historia moderna*, FCE, México, 1948, en "La Revolución francesa", p. 90.

³⁷ El conde de Rochenbeau volvió a Francia en 1783. Durante la revolución comandó en 1791 el ejército del norte. Fue arrestado durante el Terror, pero, sin duda por azar, se salvó de ser guillotinado. En 1803 fue nombrado mariscal de Francia.

³⁸ Véase, de Bernard Fay, *Franklin*, Ed. Juventud Argentina, Buenos Aires, 1952, p. 309 y ss.

limitado -promocionadas desde el descubrimiento de la experiencia inglesa- hallaron un nuevo y violento impulso a partir de la alianza con las orgullosas colonias norteamericanas. No sólo conformaron el contenido ideacional y las metas políticas concretas de la aristocracia y la burguesía (no obstante su timidez), sino de grandes sectores de los grupos urbanos populares, particularmente los originados por la expansión económica que había tenido lugar en toda Europa³⁹ y que había tocado también a Francia, a despecho de las rigideces y cortapisas burocráticas.

Sin la invaluable penetración de estas ideas, las incitaciones de las nuevas élites políticas segregadas de la intelectualidad secular periférica no hubieran podido lograr su eficaz y permanente capacidad de movilización para doblegar y finalmente eliminar a las élites tradicionales que competían con ellas.

Todos estos elementos del ámbito internacional se vieron potenciados por fenómenos coyunturales dramáticos: la primera coalición y sobre todo el Manifiesto de Brunswick, su generalísimo (25 de julio de 1792), corroboraban la vivencia emocional -más que la idea- de que si la soberanía había pasado del rey al "pueblo", éste se confundía con la nación. Era la nación "única e indivisible", según la fórmula de Robespierre. Pero en esta generalización la nación se confundía con el gobierno y aun el Estado y el patriotismo con el nacionalismo. Simultáneamente si a estos ingredientes se agrega la idea de que la democracia consiste en la movilización paramilitar de minorías fanatizadas y brutales que dominan las calles con la amenaza y la práctica de la intimidación sistemáticas, y, en un sentido más general, en el logro de la infalible unanimidad,⁴⁰ bosquejamos con bastante nitidez el plexo de ideas y sentimientos que se expresan en Occidente desde hace doscientos años y que culminaron en las experiencias del comunismo, el fascismo y el nacional-socialismo, entre otros fenómenos políticos menos trascendentes, aunque no menos para la teoría y la ética políticas. Allí surge el primer intento consciente de politizar los menores aspectos de la vida social, y controlar la vida religiosa y la familia en nombre de la "voluntad general", un exorcismo retórico de Rousseau.

Las condiciones coyunturales de origen internacional afianzaron los sentimientos nacionalistas, les dieron masividad y popularidad, justificaron la militarización y, al fundirse en el Terror, prepararon la dictadura militar.

8. Conclusión

³⁹ "Los diez o quince años que precedieron a la Revolución francesa fueron, en casi toda Europa, tiempos de gran prosperidad. Por todas partes se desarrollaron las artes útiles, se extendió la necesidad de goces materiales y la industria y el comercio, encargados de satisfacerlas, se perfeccionaron y expandieron." (Tocqueville, *Inéditos sobre...* p. 40.)

⁴⁰ "Es de suma importancia darse cuenta de que lo que hoy se considera como algo inseparablemente concomitante de la democracia, es decir, la diversidad de puntos de vista e intereses, estuvo lejos de ser considerado como esencial por los padres de la democracia en el siglo XVIII. Sus postulados originales fueron la unidad y la unanimidad. La afirmación del principio de la diversidad vino más tarde cuando las complicaciones totalitarias del principio de homogeneidad se hicieron patentes en la dictadura jacobina," (J. L. Talmon, *Los orígenes de la democracia totalitaria*. Aguilar. México. 1956. p.48.)

"Cada gobierno ha producido sus solistas. Y mientras moría, esos solistas continuaban encargándose de probar que era inmortal"

Alexis de Tocqueville.

La Revolución francesa debe ubicarse en las perplejidades de un proceso único, por su naturaleza y sus repercusiones, que se desencadenó en el occidente europeo por lo menos desde el Renacimiento, pero cuyas insinuaciones pueden rastrearse desde mucho antes: la vasta y resistida modernidad. Podría no haber ocurrido. Y allí donde se manifiesta puede asumir formas muy diferentes.

Esas múltiples evoluciones históricas muestran que la modernización, no obstante los cambios que genera y los agudos conflictos que provoca, pudo tener en Francia un desarrollo menos oneroso en destrucción de vidas y bienes y, sobre todo, pudo haberse consolidado en los logros mínimos de la democratización. Una de las hipótesis de este trabajo es que la Revolución francesa interrumpió la modernización. Por décadas no habrá democracia (ni siquiera limitada, lo que en 1789 -y aun, mucho después- hubiera sido una conquista ponderable), ni revolución industrial. Si las reservas y la dinámica de la modernización no se perdieron del todo se debió a que estaba potenciada por una profunda inercia cultural, dentro de la propia Francia y fuera de ella, en todo el mundo occidental -si bien muy variablemente y con grandes discontinuidades-, y principalmente por la influencia cercana del capitalismo inglés.

Además, la Revolución francesa despertó grandes resistencias de tipo tradicional, precisamente contra el capitalismo, a pesar de su retórica contra el pasado y algunas decisiones políticas espectaculares (como los Derechos del Hombre, la separación de la Iglesia del Estado y las consultas electorales). Esta ambigüedad palpitará en la vida política posterior de Francia y se hará típica en las formulaciones socialistas y anarquistas. La mezcla de propuestas y metas resueltamente modernizantes -que tienen que ver con los derechos civiles, la apertura a la movilidad social y la participación de las masas que liberó la disolución espontánea de la sociedad aristocrática-, y, por otro lado, el rechazo del capitalismo, y de la democracia y libertad "burguesas", planteó una incongruencia insuperable entre los ideales y las consecuencias de la revolución.

De esta duplicidad surgió la búsqueda de la democracia, la igualdad y la libertad "verdaderas". Y en esa búsqueda reposa la idea de "revolución" difundida por la revolución real. Se tratará de lograr "la" revolución, la última, definitiva, suprema. Esta se funda en la bondad intrínseca del hombre -pervertido por las "supersticiones" de la tradición- y propone que es posible construir de nuevo la sociedad sobre la base de los planes de la pura razón, a la que todos pueden acceder (a menos que se dejen llevar por propósitos egoístas). El mito de la revolución ⁴¹ se ha impuesto a gran parte de la intelectualidad y especialmente a los políticos, a quienes cautivó la idea de una "nueva sociedad", el "hombre nuevo" o "completo" ("desalineado"), como si ellos pudieran ser el resultado de

⁴¹ Sobre la genealogía del término "revolución" y sus vicisitudes, véase, de Melvin J. Lasky, *Utopía y revolución*, FCE, México, 1985.

órdenes, designios o intenciones del gobierno, y no la resultante incalculable de millones de acciones sociales realizadas por individuos -ellos sí- de comportamiento intencional. Aquí radica el señuelo de que la sociedad o el hombre son planificables. Como contrapartida, la "partidocracia" y el "demoliberalismo" se convirtieron en términos característicos -y despreciativos- en el ascenso del totalitarismo, cuando eran, en rigor, dos perfeccionamientos todavía endebles de la democracia calificada de "burguesa": el sistema de partidos y su correlato institucionalizado, el pluralismo.

Estos rasgos de antipartidismo y unanimidad (o antidisenso) se hallan en los momentos definitorios de la Revolución francesa, y de ella derivan. Tienen que ver con soluciones erradas al problema político de la modernización. El anticapitalismo, en cambio, es sustantivo en todo el pensamiento tradicional y constituye una reacción espontánea al proceso de formación del mercado de precios, la racionalidad e impersonalidad de los intercambios (aun en los casos que nada tienen que ver con el mercado), el dinero, y, en resumen, la emergencia de un tipo de sociedad con relaciones sociales de alta complejidad, absolutamente desconocidas en cualquier sociedad del pasado. De ahí que en los intelectuales franceses -especialmente en los "philosophes"- se encuentre con tanta asiduidad el rechazo de las relaciones dinerarias en la economía, las múltiples intermediaciones de la sociedad compleja y los aspectos azarosos e inciertos de la vida moderna, no obstante las inmensas posibilidades que abre a la realización personal. El estallido y el incremento exponencial de la industria y la tecnología -mecánica y social- concomitante con ella les habría espantado.

Eran modernizantes en cuanto estaban contra el absolutismo político o escolástico, y en la medida en que proponían una perspectiva secular (que no necesariamente debía ser irreligiosa) para la comprensión del mundo natural o social. Pero sus modelos estaban en las relaciones sencillas, inmediatas, altamente personalizadas, y en los criterios colectivistas de la comunidad aldeana, básicamente agrícola, y los artesanos libres, todo conveniente y rigurosamente idealizado. No se requiere demasiada imaginación para comprender que las ingenuidades de Graco Babeuf habían alentado ya el comportamiento de Robespierre y Saint-Just, entre otros. "No hay rasgo que nos deje más perplejos ante la filosofía social francesa del siglo XVIII que la casi falta total de presentimiento y comprensión de las nuevas fuerzas que estaban a punto de ser liberadas por la Revolución Industrial. Pocos vieron en la expansión comercial e industrial una promesa de aumentar la prosperidad nacional."⁴² "Todos -sigue diciendo Tolman- temían y despreciaban el comercio, las grandes ciudades y la civilización urbana en general. [...] Holbach vio en el comercio un enemigo de la sociedad. [...] Lejos de desear ampliar la personalidad del hombre alentándolo con nuevas aspiraciones y necesidades, lejos de ver el valor de la civilización en su diversidad y variedad, la mayoría de los escritores del siglo XVIII -moralistas en primer lugar- condenaron a la industria y el comercio por

⁴² Tolman. op. cit., p. 64.

provocar, precisamente, "nuevas e imaginarias necesidades" y excitar 'los caprichos del hombre' [...]."⁴³

Las maldiciones de nuestros intelectuales hacia las intermediaciones y el "consumismo" demoran estas resonancias, dos veces centenarias, de ideas que operaron en la fracción más violenta de la revolución. Todos los protagonistas del Terror -y señaladamente Robespierre- estaban potenciados por las reflexiones de Rousseau. Y es suficiente recordar la decidida tónica totalitaria que éste imprimió a la constitución que preparó para Córcega, para advertir las consecuencias de sus ideas. Por eso, en aquel momento al menos, la perspectiva de la revolución era esencialmente antidemocrática y antimoderna. Se comprende entonces que sus personeros visibles detuvieran la modernización y que no alcanzaran la meta más deseada de sus componentes necesarios, como era la de abrir la vía de una democracia limitada. La praxis de la revolución deparó, sin embargo, el descubrimiento de una nueva tecnología de dominación, muy moderna, cuyas consecuencias fueron paralizar la modernidad: se fundaba en una élite compacta, decididamente orientada a la captura del poder y dispuesta a explorar los mecanismos para movilizar a las masas según una retórica de gran efecto emocional. La Guardia Nacional, la Comuna (particularmente la de París), la Convención, los clubes, el Comité de Salud Pública, fueron los instrumentos más visibles de esta nueva máquina de dirección política. Marx y Lenín sistematizarán esta experiencia y Mussolini, Stalin y Hitler -así como sus imitadores menores- aprenderán la lección, perfeccionando el modelo de la práctica política que la revolución develó en el supremo ejemplo de Robespierre. Cuando leemos la defensa que éste hace, en nombre de la libertad, de la represión del pensamiento y de la defensa del terror, no podemos menos que pensar en Lenín y Trotsky: "Si en la paz, la fuerza del gobierno popular reside en la virtud, la fuerza del gobierno popular en la revolución es, a la vez, la virtud y el terror. La virtud, porque sin ella el terror es funesto. El terror, porque sin él la virtud es impotente. El terror no es otra cosa que la justicia actuando con rapidez e inflexibilidad; es en definitiva una emanación de la virtud".⁴⁴ En el mismo sentido, en la democracia "verdadera" no debe haber libertad de expresión. Para Robespierre su gobierno representa el despotismo de la libertad contra la tiranía. "Robespierre fue el primero de los revolucionarios europeos que, habiendo sido un defensor extremado de la libertad de prensa bajo las antiguas restricciones, vino a convertirse en el perseguidor más severo de la prensa de oposición, una vez que llegó al poder. El famoso sofisma lanzado durante el último período de la revolución contra la libertad de prensa reza así: 'La petición de prensa libre cuando la Revolución está triunfando es un acto contrarrevolucionario. Supone libertad para combatir la Revolución. Y no puede haber libertad para combatir la Revolución'".⁴⁵

⁴³ 43 *Ibíd.*, p. 66.

⁴⁴ Robespierre. *La razón del pueblo*. Ed. Bastilla. 1972. p. 59. Palabras del 5 de febrero de 1794. citadas por Horacio Sanguinetti en el estudio preliminar.

⁴⁵ Tolman, *op. cit.*, p. 40. Crane Brinton recuerda una famosa frase de Chabot: "En Inglaterra la libertad de prensa es necesaria contra un gobierno despótico, pero en Francia la prensa no es libre para maldecir la

Los descubridores y practicantes de esta nueva tecnología de dominación eran "[...] una raza de revolucionarios que parece nueva en el mundo; raza turbulenta y destructora, dispuesta siempre a abatir e inapta para fundar; que no sólo practica la violencia, el desprecio de los derechos individuales y la opresión de las minorías, sino, y es lo nuevo, que sostiene que debe ser así; que eleva a doctrina que no existen los derechos individuales, ni siquiera, por decir así, el individuo, sino una masa a la cual le está todo siempre permitido para alcanzar sus fines".⁴⁶ Esta "raza de revolucionarios" constituye una parte sustancial del grupo de los primeros políticos profesionales que aparece en los comienzos del proceso de democratización fundamental, cuando surge el problema de encuadrar la participación de las masas para fundar el conflicto político institucionalizado. Pero la "raza de revolucionarios" se separa de los políticos profesionales democráticos, aquellos que aceptan participar del pluralismo y de los interminables compromisos que supone, para hacer una profesión del revolucionarismo y preparar el partido antipartidos. De ahí su exclusivismo violento e intransigente.

De ahí también su capacidad para explorar una de las vías posibles que se abren a la caída de la sociedad aristocrática y los inicios de la democratización. Esa vía vincula los elementos desatados por la modernidad -secularización, masas disponibles, apertura de la opinión pública, idea de igualdad ante la ley- con elementos fuertemente tradicionales (oposición a la diversidad, rechazo -cuando no odio- al capitalismo, desprecio del dinero, repugnancia a las relaciones sociales impersonales, el individualismo y las intermediaciones crecientes de la sociedad compleja).

Los primeros son elementos utilizados para urdir la nueva tecnología de dominación; son recursos a operar o medios. Los segundos, en cambio, son elementos que, aplicados desde el poder, paralizan la modernidad; son reactivos a sus implicaciones incalculables.

La base de esta "raza de revolucionarios" se arraiga en la intelectualidad: abogados, médicos, curas, profesores, periodistas (sintomáticamente, de esta veta extrae sus líderes el guerrillerismo contemporáneo). Es una intelectualidad joven, periférica y marginal en su mayoría, que no tiene un lugar definido en la estructura social: ni siquiera un sistema de partidos para canalizar su propensión al activismo, al poder y la gloria. Tiende a abstractizar su ideario en términos de clase, raza, nación, patriotismo, solidaridad y colectivismo. Hacia 1859, Tocqueville observa agudamente, pero con su habitual simplicidad: "[...] la raza revolucionaria se renueva sin cesar y se encuentra siempre, en alguna parte, con sus tradiciones, con su escuela. De manera que desde hace sesenta años ha habido siempre una gran escuela de revolución abierta muy públicamente en uno u otro lugar del mundo, adonde los espíritus inquietos y violentos iban a formarse e instruirse".⁴⁷

libertad [...] o sea el gobierno democrático". (Crane Brinton. *Los jacobinos*. Ed. Huemul. Buenos Aires. 1962. p. 165. Es ésta una brillante investigación publicada en 1930.

⁴⁶ Tocqueville. *Inéditos sobre...*, p. 190.

⁴⁷ Tocqueville. *Inéditos sobre...*, p. 190.

Es que allí donde se da el proceso modernizador necesariamente aparecen las condiciones para ejercer esta nueva tecnología de dominación, con variantes históricas, culturales y coyunturales propias de cada país. Grupos militares o religiosos pueden utilizarla, o pueden adelantarse al empleo que de ella pueda hacer la intelectualidad periférica. No es posible confundir el uso de estos mecanismos -para luchar por el poder o para mantenerse en él- con "intereses de clase", aunque hayan existido oposiciones de intereses de grupos o de estratos en el conflicto político real. Pero esto no implica admitir que esos grupos o estratos definen correctamente sus intereses (dicho esto en términos de las ventajas posibles y concretas que pretenden obtener para ellos: es evidente que pueden defender "intereses" que perjudiquen sus intereses objetivos, lo que depende por completo de las ideas que tengan).

La Revolución francesa fue el inmenso laboratorio social donde esta "raza de revolucionarios" enseñó qué es lo que se puede hacer en la arena política cuando se desencadena la participación masiva en el acceso o las proximidades de la modernidad. Como lo afirma Tocqueville, esas enseñanzas se enriquecieron con otras experiencias, igualmente dramáticas, pero más gigantescas. Parafraseando al poeta, "en Occidente se encendió esta guerra // cuyo anfiteatro es hoy toda la tierra". La idea de "la" revolución definitiva y salvadora cundió por el mundo y resumió durante dos siglos los términos de la lucha política en Occidente. Es muy probable que -después de la caída del muro de Berlín- estemos asistiendo a la quiebra final de su formulación.